

Solidaridad, un modo de amar*

Andreu Oliva, S. J.**

Buenas noches a todos ustedes, que están aquí presentes participando de esta hermosa vigilia en recuerdo de los mártires de El Salvador. Quiero saludar especialmente a los que nos escuchan desde la YSUCA y a los que nos ven a través de Internet. Nos sentimos muy unidos con todos ustedes en este día tan importante para la UCA y para El Salvador.

Un año más, nos hemos reunido para recordar a los mártires, a los miles de hombres y mujeres que ofrendaron su vida para que El Salvador fuera un país en el que sus hijos e hijas pudieran vivir con dignidad. Y lo primero que debemos hacer es agradecerles profundamente este gesto tan hermoso de dar la vida por su pueblo, un acto que entraña un profundo amor, y una gran lección de humanidad y de solidaridad. Ellos siguieron el ejemplo de Jesús y estuvieron dispuestos a amar hasta el grado de dar su vida. ¿Cómo podemos olvidar a personas así? No las podemos olvidar nunca, pues ello sería una ingratitud de nuestra parte y significaría que no damos valor a su vida. Y es todo lo contrario: su vida, su amor, su entrega, sus sueños e ideales son y serán siempre una luz que nos ilumina, que guía nuestro caminar, que nos inspira en nuestro diario vivir, a seguir trabajando para que se hagan realidad sus sueños e ideales.

Este año, la frase que hemos escogido para inspirar este vigésimo cuarto aniversario de los mártires de la UCA es “No hay humanidad sin solidaridad compartida”, una idea tomada del P. Ignacio Ellacuría, que nos recuerda una verdad esencial y profundamente evangélica. La solidaridad es un modo de amar; por el contrario, la insolidaridad es una forma de egoísmo y de odio. Solo desde el amor expresado en la solidaridad, se podrá construir una verdadera humanidad, en la que todos nos reconozcamos hermanos unos de otros e hijos de un mismo Dios. Los textos bíblicos que hoy hemos escuchado nos hablan profusamente de ello.

El evangelio nos da la clave para la solidaridad

Para ser solidario, hay que estar abierto al encuentro con el otro, con el necesitado. Según el Evangelio, todos querían apartar a los ciegos que gritaban para que no molestaran a Jesús, para evitar que lo entretuvieran, que lo apartaran de su camino. ¡Qué cómodo es que no nos molesten, qué fácil es

* Homilía del 16 de noviembre de 2013, en el marco del XXIV aniversario de los mártires de la UCA.

** Rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

vivir sin que nos incomoden ni nos aparten de nuestros objetivos! Pero Jesús los oye, se detiene y los llama. Él sí quiere saber qué es lo que esos hombres desean, qué es lo que Él puede hacer por ellos. Es otra condición para la solidaridad: conocer, escuchar, interesarse por la necesidad del otro.

En El Salvador, tenemos grandes ejemplos de solidaridad; los mártires, con monseñor Romero a la cabeza, son los más eximios. Pero también tenemos grandes ejemplos de insolidaridad. Es la insolidaridad la que impide que todos vivamos dignamente, la que genera pobreza, la que no ha permitido construir un proyecto de país incluyente. Es la insolidaridad la que ha impedido que nuestra sociedad avance hacia la utopía del Reinado de Dios. Es el egoísmo humano el que nos impide amarnos sinceramente, como hermanos, los unos a los otros, tal como nos invita la Carta a los Romanos.

La sociedad capitalista, con la astucia de los hijos del mundo, ha buscado cómo fomentar la insolidaridad, y nos lleva —a unos conscientemente y a otros inconscientemente— a no ver la realidad y apartamos de los caminos donde nos encontraríamos con los sufrimientos y angustias de nuestras hermanas y nuestros hermanos empobrecidos. Comprar en el supermercado, viajar en nuestro propio carro polarizado, alambrar nuestras casas y cerrar los pasajes para protegernos de la delincuencia, pasear solo por los centros comerciales por más seguridad... nos lleva a vivir en una burbuja, a pensar solo en nosotros mismos, en nuestro propio bienestar y a olvidarnos de las necesidades de la gente, de lo duro que es viajar en bus y exponerse cada día a ser asaltado, de las condiciones de inseguridad de las colonias populares, de los que pasan de sol a sol vendiendo cualquier cosa en las calles.

Las lecturas bíblicas nos proponen un camino diferente: vivir con los ojos y el corazón abiertos, atentos al hermano en necesidad

El hijo de Sira nos aclara qué significa *amarnos sinceramente unos a otros*: “No dejar sin alimento al pobre, no hacerse ciego ni sordo al que nos mira suplicante, no apartar la vista del pobre, ni voltear el rostro ante el mendigo. Prestar atención al pobre, responderle con ternura”. Y termina afirmando con contundencia: “Si haces todo esto, serás auténtico hijo de Dios y Él te amará más que tu madre”. No hay duda de que el corazón de Dios está puesto en el pobre y en el desvalido, en el que sufre la opresión, en los que nuestra sociedad excluye y margina.

A mí me cuestiona mucho esto, pues si es tan claro que amar a Dios pasa por amar al pobre, ¿cómo es posible que en un país en el que el 98 % se declara cristiano vivamos dando la espalda a casi la mitad de nuestros hermanos y nuestras hermanas que viven en la pobreza? ¿Cómo podemos permitir que los trabajadores agrícolas reciban un salario de hambre y que ello sea “oficial”, y que, además, estén excluidos de la seguridad social? ¿Cómo es posible que nuestros adultos mayores dependan exclusivamente del apoyo de sus familias porque no tienen una pensión que les permita una vejez con dignidad? ¿Cómo es que entre ocho y diez de nuestros jóvenes mueran a diario en las calles y que miles tengan que emigrar al extranjero, dejando a sus familias,

arriesgando sus vidas y viviendo sin papeles por el resto de sus días? ¿Cómo podemos permitir que los presos estén hacinados en las cárceles sin apoyos para su rehabilitación? ¿Cómo podemos dar la espalda a los casi dos millones de hermanos nuestros que viven en asentamientos precarios, sin viviendas dignas ni seguras, sin zonas verdes para la recreación, sin servicios de agua, luz o alcantarillado, y a la vez se estén construyendo miles de residencias de lujo destruyendo la Cordillera del Bálsamo y el bosque de El Espino? Ante esto, desde la fe, tenemos que decir que este modo de vivir no es cristiano, no es propio de los hijos de Dios. Que esta actitud es contraria a lo que dice la Carta a los Romanos: “Hagan suyas las necesidades del pueblo; lloren con los que lloran”.

Pero esto no solo pasa fuera de los muros de la UCA. También aquí poco a poco nos vamos acomodando, y vamos pensando más en nosotros mismos que en las mayorías populares. Nos vamos alejando de ellas y vamos olvidando sus necesidades, sus problemas, sus dificultades, sus angustias y sus esperanzas, y estas dejan de ser la preocupación principal de nuestros estudios y trabajos. Incluso, al interior de la comunidad universitaria, tenemos compañeros de trabajo que están pasando graves problemas, situaciones económicas muy difíciles, y no hemos buscado el modo de ayudarnos solidariamente unos a otros. Preocuparnos de nuestro compañero o nuestra compañera de trabajo y ver qué podemos hacer entre todos para responder a su necesidad es también el modo concreto de *amarnos como hermanos con sinceridad*.

La insolidaridad de nuestra sociedad es la otra cara de la moneda de la propuesta profética y evangélica. Seudopolíticos, empresarios, comerciantes y terratenientes que acaparan la mayor parte de la riqueza de nuestro país, que se niegan a compartir estas riquezas con quienes las generan, que se oponen radicalmente a una reforma fiscal que permita que los impuestos alcancen para poder invertir en la gente, para crear oportunidades de desarrollo para todos; los que se adjudican salarios escandalosos y se otorgan bonos para satisfacer sus caprichos y llenar sus estómagos con manjares exquisitos, vivir en grandes y lujosas mansiones, viajar en carros que valen diez veces lo que costaría una vivienda popular digna para una familia pobre; todos estos son la viva expresión del egoísmo y la insolidaridad. Detrás de ellos, hay un sentimiento muy arraigado y antievangélico: no se consideran hermanos de los pobres; están convencidos de que ellos tienen más derechos que otros; que su dignidad es mayor y por eso tienen derecho a comer mejor, a vivir y transportarse con más comodidad y seguridad, a llevar a sus hijos a mejores escuelas... Pero qué gran error; los hijos y las hijas de Dios somos todos iguales ante Él. La misión evangelizadora de la Iglesia es abrirnos los ojos y hacernos ver nuestro error.

Esta desigualdad no es la voluntad de Dios ni le gusta a Él. Lo que le gusta a Dios es que sus hijos sean libres, que abunde la paz y la justicia. Por eso, en El Salvador es necesario repetir las palabras del salmista: es necesario gobernar con justicia y rectitud, que el gobernante haga justicia a los pobres, salve a los necesitados y aplaste a los explotadores, consiga que haya abundancia de alimento para todo el pueblo, tenga compasión de los humildes y salve

la vida de los pobres. Y para ello no bastan las limosnas, se requiere de una solidaridad estructural, es decir, un modo nuevo de organizar nuestra sociedad y nuestra economía para que sean esencialmente solidarias. Y no como ahora, que son esencialmente injustas, pues permiten que tres millones de salvadoreños vivan en la pobreza mientras unos pocos nadan en la abundancia.

Es cierto que la solidaridad estructural supone sacrificios de la parte de la población que hoy gozamos de algunos privilegios. También exige que no se dilapiden los recursos del Estado, que son de todos los salvadoreños y que deben estar principalmente al servicio de los pobres, para ofrecer un mejor sistema de salud, mejor educación, mejor transporte colectivo, sistemas de protección social que sirvan para satisfacer las necesidades de nuestros hermanos que nos gritan, como a Jesús, “ten compasión de nosotros”. Y sobre todo, nos exige una conversión personal, abrirnos plenamente al amor.

Quisiera terminar con unas palabras de monseñor Romero que nos pueden animar: “Colaboremos con Cristo a hacer un mundo mejor, hagámoslo cristiano, trabajemos con espíritu cristiano, amémonos mutuamente, construyamos una sociedad basada en una paz que se cimente en la justicia, tal como Dios lo quiere y nuestra fe lo proclama”. Pidámosles, a Jesucristo y al Padre, que nos acompañen en esta tarea.